

LA PRESIDENCIA, UNA NAVE QUE SE CONSUME A SÍ MISMA

Una metáfora que puede ayudar a entender el problema que hoy enfrenta la presidencia mexicana, es la del buque que se queda sin combustible lejos del puerto. Para evitar quedar a la deriva, se decide alimentar la caldera con el propio maderamen de la nave. La decisión puede llevar al éxito pero implica un doble riesgo: no alcanzar el puerto antes de consumir la estructura, o encontrar mal tiempo en la travesía y quedar sin protección.

Al asumir el mando del Poder Ejecutivo en 1988 Carlos Salinas se encontró con un problema mayúsculo entre manos: el gran déficit de legitimidad de su presidencia amenazaba con dejar a la nave del Estado a la deriva. Y para recuperar la legitimidad se decidió a consumir una parte importante de la estructura donde se había montado la presidencia desde hace más de medio siglo.

En 1988 el déficit inicial de legitimidad -el combustible político por definición- tenía varios orígenes. El primero, el inmediato, fue la incapacidad del sistema para hacer creíble el triunfo electoral del candidato del PRI. Sin embargo, había otro motivo igualmente importante: un legado de ineficiencias, prepotencias y corrupción, de los antecesores de Salinas.

La poderosa presidencia de la postrevolución mexicana, tuvo su primer gran tropiezo dramático en 1968, cuando no encontró mejor forma de responder a la exigencia democrática planteada por un sector de la clase media, que la matanza del 2

de octubre de ses año y del 10 de junio de 1971. El uso indiscriminado e irrestricto de la fuerza contra los jóvenes manifestantes desarmados que exigían democracia al autoritarismo, fue un fracaso político y moral de una presidencia sin contrapesos. Luego -para tratar de paliar el daño causado por las represiones- vino el populismo despilfarrador, irresponsable y prepotente, de Luis Echeverría y José López Portillo. Para cuando estalló la crisis del modelo de economía cerrada -1982-, la presidencia mexicana se encontraba ya muy maltrecha y en el norte se empezó a gestar una "rebelión de las urnas". Esa rebelión daría al PAN triunfos en 1983 y una derrata que fue una victoria moral en 1986, cuando el PRI tuvo que recurrir al fraude para recuperar la gubernatura de Chihuahua: el famoso "fraude patriótico". Se reiniciaron entonces las elecciones competidas, esa que había causado problemas serios a la presidencia en 1952.

Las elecciones del 88 estuvieron marcadas por una división de la élite, y que, como toda división de esa naturaleza, trajo problemas al sistema. Los dos grandes contendientes de Carlos Salinas en ese año, los ingenieros Cuauhtémoc Cárdenas y Manuel J. Clouthier, no habían iniciado su carrera en la oposición sino en el *establishment*. Pero la crisis económica de 1982 y la inesperada expropiación de la banca, empujaron a Clouthier y a muchos otros empresarios a las filas del PAN. Un efecto similar pero hacia la izquierda, tuvo sobre Cuauhtémoc Cárdenas, Porfirio Muñoz Ledo y un puñado de dirigentes priístas, la

política económica neoliberal iniciada por el presidente Miguel de la Madrid y Carlos Salinas en 1985.

En el pasado, la división de las élites había llevado a una lucha bipartidista, Carlos Salinas buscó entonces el acercamiento con aquella oposición con la que tenía puntos importantes en común: el PAN. No fue una negociación fácil, estuvo llena de momentos de tensión, pero finalmente los problemas fueron superados gracias a la incompatibilidad histórica entre el panismo y el cardenismo, y a la coincidencia entre panismo y salinismo, en áreas tan importantes como la privatización de la economía, el reconocimiento político de la iglesia católica, la inviabilidad del ejido, y otros.

Además de buscar la alianza con una parte de la oposición, el gobierno del presidente Salinas se propuso extraer todas las reservas de energía política contenidas en la vieja red institucional en que había sustentado la presidencia postrevolucionaria- usar el maderamen del viejo sistema político autoritario para impulsar al salinismo a buen puerto. Del ataque inicial a las directivas sindicales de petroleros y maestros, el salinismo no sólo logró obtener una imagen de fuerza y rechazo a liderazgos corruptos, sino que subordinó a la voluntad presidencial a los feudos sindicales que sobrevivieron, en particular a la CTM. De ahí la relativa facilidad con que luego la presidencia impuso pactos entre capital y trabajo que decretaron topes salariales pero liberación de precios. Ahora bien, la maniobra tuvo un costo: la red corporativa de la que

tanto y tan bien se sirvieron presidencias anteriores, quedó muy debilitada, casi inutilizada.

La modificación del artículo 27 y la alteración a fondo del papel que debe tener el ejido en la nueva economía neoliberal y abierta, trajo a la presidencia el apoyo del PAN y del sector empresarial. Sin embargo, y de nueva cuenta, ese granero de votos para el PRI y de cimiento original de la presidencia fuerte, que era la CNC y la promesa de una dotación ejidal, disminuyeron en importancia. Algo similar ocurrió con la destrucción del CNOP.

La apertura radical de la economía mexicana a las corrientes internacionales de comercio y capital, aunada a la venta de una buena parte de las empresas estatales a un selecto grupo de empresarios, soldó la alianza rota por Echeverría y López Portillo entre la presidencia y el gran capital mexicano y extranjero. Sin embargo, también aquí hubo un costo: una parte importante de empresas micro, medianas y pequeñas -esas que aportan el 60 por ciento del empleo- no pudieron resistir la competencia externa y tuvieron que cerrar o apenas sobrevivir. Así, la presidencia dejó de ser la protectora de la viabilidad de, y se convirtió en un problema de supervivencia para, un ejército de empresarios menores y sus trabajadores.

Como bien señalara Rogelio Hernández, los gobernadores habían sido el eslabón fundamental entre la presidencia y los subsistemas regionales. Sin embargo, en el sexenio salinista,

la importancia de este eslabón disminuyó de manera notable por decisión presidencial, y el mejor indicador de ello fue el número de gobernadores que dejaron su puesto por voluntad del jefe del Ejecutivo: ¡17! ("Inestabilidad política y presidencialismo en México" en *Estudios mexicanos*, invierno de 1994, pp. 204-210). Es verdad que una minoría de los gobernadores que perdieron su puesto lo hicieron pasar a formar parte del pequeño círculo del gran poder, al menos por un tiempo (Alvarez del Castillo o Gutiérrez Barrios, por ejemplo), pero la gran mayoría simplemente fueron despedidos (Martínez Villicaña, Beteta o Cosío Vidaurri) y algunos de ellos ni siquiera lograron disfrutar de las mieles del poder (Aguirre Velázquez o Fausto Zapata). Con gobernadores sin poder, la presidencia, a través del hasta hace poco poderosísimo asesor, Joseph Marie Cordoba Montoya, se hizo directamente cargo de la política local, aunque también asumió los costos de sus problemas y fracasos.

El gabinete mismo perdió parte de sus funciones en favor del binomio presidente y superasesor. Alrededor del 70 por ciento del equipo salinista de más alto nivel ha sido cambiado; una proporción desusadamente alta (Rogelio Hernández, *op cit.* p. 208). El binomio presidente-asesor tomó directamente tareas de control político que antes le correspondían al secretario de Gobernación, tomó tareas de seguridad que antes le correspondían a Gobernación o a la Secretaría de la Defensa, o tomó tareas de formulación de política exterior que en un

tiempo estaban, más o menos en manos de la Secretaría de Relaciones Exteriores. Sólo en el área propiamente económica se mantuvo una cierta estabilidad (Aspe-Sierra- Mancera), pero en realidad ningún campo quedó enteramente libre de las incursiones del presidente y su asesor. La política se personalizó a un extremo sólo comparable con el que se dio en el México del antiguo régimen, cuando Porfirio Díaz se convirtió en "el necesario" y el porfiriato en "el necesariato".

El partido del Estado , el PRI, nunca ha sido realmente un partido, pero en este sexenio su escasa capacidad de acción, se perdió casi por completo. En las asambleas, se impuso sin tapujos la visión neoliberal de la presidencia sobre cualquier resistencia. A los priístas en el Congreso se les obligó abiertamente a seguir la línea presidencial e incluso a desdecirse públicamente (un buen ejemplo fue la modificación del artículo 82). Por último, un PRONASOL directamente manejado como instrumento electoral por la presidencia, cosechó las buenas voluntades mientras que el PRI se le dejó el trabajo sucio y el papel de cargar con descréditos, fraudes e imposiciones.

Para fines de 1993, el presidente parecía más fuerte que cualquiera de sus predecesores en los últimos 30 años. Tan fuerte, que logró imponer su proyecto de integración económica con Estados Unidos, sobre las objeciones de Ross Perot y de un buen número de congresistas demócratas. Tan fuerte, que en

tiempos de la "tercera ola democrática" en el mundo, hizo posible que siguiera funcionando el "dedazo" tradicional, como si la democracia hubiera hecho una excepción histórica en el caso mexicano. En resumen, la nave del sistema político mexicano, aunque sin la parte sustantiva de su viejo maderamen, parecía acercarse al puerto, tal y como lo había dispuesto, en arriesgada maniobra, la presidencia. Sin embargo, el 1° de enero estalló el temporal y la seguridad del rumbo se volvió a perder.

Sin la parte importante de sus viejas defensas, la presidencia perdió capacidad de mando, de imposición. Y el temporal no da signos de abatirse. A ese mal tiempo presidencial lo alimentan: la insubordinación de Manuel Camacho Solís, el levantamiento armado de Chiapas, el asesinato del candidato del partido del Estado, el estancamiento de la economía y su enorme dependencia del capital externo, el desbordamiento del narcotráfico. Sin embargo, el embate principal sobre la presidencia autoritaria, es algo no coyuntural: la exigencia democrática del tiempo en que vivimos.

Hoy, por primera vez desde la muerte de Francisco Y. Madero, es posible pensar seriamente en el tránsito del autoritarismo a la democracia. Desafortunadamente, las condiciones no son las mejores. La presidencia autoritaria ha perdido fuerza, pero no hay aún un pacto para la transición entre los principales actores políticos y la democracia no está asegurada. Por ahora, nadie está realmente en control del

proceso político general. Como sociedad, vamos a necesitar mucho sentido común, prudencia, voluntad política y, sobre todo, mucha suerte, para arribar al puerto de la estabilidad política democrática... a ese que la sociedad mexicana está buscando desde 1910, pero al que un presidencialismo sin contrapesos se opuso, con éxito, por casi un siglo.